

IN AEQUO ANIMO

RIVA AGÜERO

Por Felipe Armendariz

En forma sobresaliente hace resaltar este artículo el inmenso patriotismo y el indómito valor moral de D. José de la Riva Agüero. Por eso lo reproducimos de "La Prensa" del 30 de Octubre, agradeciendo la gentileza de su autor.

HAY en el norte de España—en la parte de Castilla la Vieja que mira al Cantábrico—una región montañosa, boscosa, intensamente verde y bella cubierta de prados y campos cultivados. Su clima es recio y en ella moran los descendientes de una raza antiquísima, anterior aún a las tribus ibéricas, y caracterizada siempre, a través de los siglos, por su tenacidad, una gran austeridad de costumbres, un valor indómito, un arraigado espíritu tradicionalista y religioso, y un grave y elevado sentido de la dignidad y del orgullo.

El puerto que da salida principal a esa región es Santander y a poca distancia de éste se encuentran las cuevas de Altamira, cuyos renos, toros y bisontes, trazados en edades remotas y en frescos pelicromados por la mano de antepasados fabulosos, dan testimonio del abolengo prehistórico de la raza; y Santillana del Mar, evocadora visión de las

altísimas virtudes de la gente castellana y cuyas casas de inmensos blasones son mudos testigos de la altivez de los grandes hidalgos que en ellas vivieron. "Da la vida por la honra y la honra por el alma" dice uno de ellos, y esa voz grave que resuena a través de los siglos parece ser el alma misma de Santillana y Castilla.

En esa región montañosa, poblada de gentes viriles, austeras y graves, halló su origen la familia a que perteneció José de la Riva Agüero.

Y es por eso sin duda que, alimentados su espíritu y su sangre en esa recia savia supo hacer de su vida y de su obra la expresión de la máxima latina que conmina al hombre a no ser de otros sino pertenecerse a sí mismo. "Alterius non sit, qui suus esse".

De todas las cualidades que contribuyeron a hacer de Riva Agüero el más eminente de los peruanos de su tiempo y generación — y no exceptuamos de ellas ni siquiera el ímpetu arrollador de su magnífica inteligencia y su inmensa cultura — el que estas líneas escribe tuvo siempre predilección y admiración especiales por la integridad de su carácter y la amplitud y sinceridad de su patriotismo. Veía en él la antítesis de todo lo tristemente pobre, mezquino y miserable que desgraciadamente abunda en el carácter nacional y sentía con él la honda emoción de patria—

integral, grande, sana y fuerte — que vibrara en su su corazón, en que había repercutido cada instante de la vida del Perú. Representaba para mí— ausente en el extranjero en su servicio, pero perennemente en él en el espíritu y en el recuerdo — la esperanza y la fé en el Perú de nuestros sueños.

Y no estaba equivocado, porque ese era su culto y esa su gran fé: regenerar el Perú; sacudir, remover, hacer vivir el patriotismo aletargado y desorientado de los hijos de este suelo.

Al iniciar su cátedra especial de historia de la civilización peruana, en la Universidad Católica, se dirigió a la clase que lo escuchaba con palabras que daban forma y síntesis a la honradez e integridad fundamental de su carácter y a ese profundo y amplio amor a la patria.

“Querría que mis lecciones no fueran de muerta erudición — les dijo — sino que tuvieran el alcance moral bastante para reavivar en la juventud que me escucha el espíritu patrio. Bien necesitados estamos de retemplar y robustecer el patriotismo. Sin él, sin vigoroso sentimiento nacional, nada se hace: los mismos productos intelectuales carecen de lozanía y colorido. Pero este empeño de intensificar y acendrar el alma patria, exige en mi concepto indispensablemente el culto de la verdad, la más escrupulosa exactitud, porque el patriotismo duradero no se alimenta con ilusiones infantiles ni con errores confutables, los cuales muy al contrario suelen provocar quiebras desalientos morales y escarmientos dolorosísimos. Sobre la exageración y la mentira nada sólido se edifica. Por eso procuraré atender, con la mayor claridad y precisión a la veracidad de los testimonios y

la realidad de las situaciones; y no a halagar vanidades y defender prejuicios popularizados y vocingleros”.

Esa posición de combate por los valores tradicionales y permanentes le valió ser tildado de conservador, reaccionario e intransigente y nosotros que fuimos sus amigos no negaremos que en muchos casos tal vez lo fuera; pero también recordamos la gran verdad, que Víctor Andrés Belaunde precisa en uno de sus libros: que “no cabe la realización de una moralidad media si no hay una heroica minoría que represente, en el pensamiento y en la vida, la moralidad máxima”.

Conociendo nuestra debilidad para hacer frente a la ola extranjerizante y disociadora que avanza y amenaza destruir lo que se ha elevado a través de tantas miserias y retrocesos y con tan penoso y largo esfuerzo, Riva Agüero se exaltaba y resultaba siendo el representante genuino de esa minoría heroica y necesaria. Pertenecía a la vez a la estirpe de los “eupátridas” que estudiaban a Homero en los tiempos de Pericles, a los jóvenes patricios romanos que en los de Cicerón buscaban la luz en la literatura de Atica, a los “nobilissimi cavalieri toscani” que revivían en Florencia bajo los Médici el amor a los grandes autores latinos; y cultivaba las humanidades, “que despiertan el sentido estético y literario y dan nobleza y refinamiento al sentimiento”. Y con todo éllo atraía sobre sí la envidia, la incomprensión y la malicia; ya que él nada sabía del vicio nacional de la adulación y la lisonja, del que pensaba como el Dante:

“cua gia m’hanno sommerso la lusinghe
ond’io non ebbi mai la lingua stucca”.

Ha tocado a mi generación — primero como jóvenes y ahora como hombres — el triste privilegio de asistir a dos emocionantes y grandes manifestaciones de duelo profundo, sentido y nacional; a las exequias de Javier Prado y Ugarteche y en estos días a las de José de la Riva Agüero. Y en ambas hemos sentido el mismo trágico soplo de fatalidad y frustración irreparables que arrebató a la patria algo inconmesurablemente valioso y caro que había sido nuestro y que no había culminado. Deslumbrantes amaneceres, trayectorias doradas por el esfuerzo y el éxito, pero ocasos prematuros que han dejado en nuestras almas amarga y desoladora impresión de algo trunco, incompleto, que no llegó a dar en toda su plenitud el esplendoroso fruto que tanto prometía.

Eheu fugaces Postume. Postume Labuntur anni.

Y el ejemplo de Riva Agüero también tal vez pase, como pasa la "vana gloria de l'umane posse"; pero lo más fundamental de él, el fruto aunque incompleto de su cerebro y de su espíritu, es menester que prevalezca y sea alimento de generaciones por venir.

Y así las salas y las aulas del futuro "Instituto Riva Agüero" rendirán sonoro eco a sus palabras y la edición completa de sus libros llevará la sabiduría que ellos encierran con la honda y conmovedora voz de la peruanidad, que nadie mejor que él, escuchó e interpretó.

Jorge Bailey Lembcke.

(Felipe Armendariz)

LO quise y lo admiré siempre. Cuando éramos estudiantes, él ya era un maestro. Sorprendía desde sus años mozos por su cultura, tan superior a la de cuantos fuimos sus compañeros y por esa facilidad, lindante con lo inverosímil, con que encontraba el término cabal, como si en todo instante estuviere preparado. Desde muy joven deslumbraba por la seguridad y la brillantez con que exponía sus ideas y sus conocimientos tan vastos para su edad. Era un caso extraordinario en que se aunaban la memoria de maravilla, la hondura de los conceptos y el señorío de la expresión.

JOSE GALVEZ.